

LIBROS

“LA EDUCACIÓN DE PALMIRA”

DE

NURIA POMPEIA Y MANOLO V.

No es la primera vez que Nuria Pompeia nos ofrece en libro el fruto de su inestimabilísima labor creadora. Y no es la primera vez, tampoco, que yo me preocupo de recoger, en unas notas marginales, las impresiones que su trabajo me produce. Y siempre he de empezar haciéndome la misma pregunta: ¿qué actitud tomar?, ¿qué intención darle a mi comentario? ¿Es la mejor ese desenfado iconoclasta que parece emanar de los mismos textos y dibujos de sus libros? O, por el contrario, hemos de adoptar la postura grave y trascendente de la impresión dolorosa que nos causa enfrentarnos con la verdad

Muchas preguntas, dirá el lector, para hecho tan evidente. Sí y no. Porque con los libros de Nuria Pompeia me complazco, y hasta me regodeo con malsana complacencia, a la vista, dramática, de nuestra implacable imagen. Hace tiempo que quiero hacer un detenido ensayo sobre nuestros humoristas de la palabra y el lápiz, y siempre me cohibe la hondura y trascendencia que de ellos se desprende: la trágica realidad que nos muestran. Por eso no puedo hablar a la ligera de libros como el presente (1). Por eso no puedo tomarlos a broma. ¡Menuda broma el desasosiego, la terrible premonición que nos mete en el alma Nuria Pompeia con “La educación de Palmira”! Ver a Palmira, *soportar* su (nuestra) educación, es asistir a la más dramática revelación de nuestra historia presente. Porque esa figurilla desflecada, magra y tristonera, de ojos tremendamente expresivos “bajo las frías lentes

de unas gafas”, que va creciendo (haciéndose “mujer de provecho”) ante nuestra mirada absorta, rodeada de gentes y de voces, de mayores respetables y de educadores que *no pueden* equivocarse nunca; esa figurilla que siempre quiere decir algo, pero ya lo dicen los demás por ella, que sólo opta por sentarse a escuchar humilde y obediente en su sillita, en su pupitre de colegiala, en el sillón de su casa, o en el suelo, es la sombra inequívoca no solo de una generación en la que todos, con tristeza y sonrojo, podemos reconocernos, sino la más alarmante profecía para quienes ya somos padres o educadores en medio de un mundo en el que la familia de Palmira, y Palmira misma, son víctimas ejemplares.

La nota de introducción nos habla de la “pasividad femenina”, pero a pesar de este hecho circunstancial, sigo pensando, y no sin dolor, en esa indolencia, y complacencia, de la que todos somos, en grande o pequeña medida, culpables, al tiempo que soportamos “el empeño ajeno” de querer inocularnos “una manera de entender la vida” y nuestro “mutismo constantemente sorprendido”. Por eso no puedo contar aquí (sería innoble) mi gozosa complacencia, porque yo, mal que me pese, soy parte de la *educación de Palmira*, y puede que el libro me haya salvado de algún que otro peligro más o menos inmediato.

Palmira sólo dice una palabra a lo largo de todo el libro. Y sólo al final. Y esa palabra es ¡¡NOOOO!!, en el momento justo en que se reconoce el punto cero de un círculo vicioso al que se ve inevitablemente condenada. ¿Logrará salir indemne de su inevitable y fatal negación? Podemos, quizás, contestar la pregunta entre todos. No creo que Palmira tenga nada más que decir. ¿Es que acaso es poco lo que nos dice el simple y hondísimo dibujo de Nuria Pompeia; es que es vano lo que padres y educadores de Palmira dicen por obra y gracia de Manolo V, el empecinado?

Ojalá que "La educación de Palmira" fuese nuestro tratado de urbanidad de ahora en adelante, quizá se podría enmendar más de un error. Demasiado serio lo que digo, ¿verdad? Lamento no poder ser más desenfadado. El tema y la imagen de este libro son, de verdad, preocupantes.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Nuria Pompeya y Manolo V. "La educación de Palmira". Ed. Andorra. Barcelona, 1972. 191 págs. Epílogo, Sixto Cámara.



"LAS SEÑALES DEL TIEMPO"

DE

ALFONSO LÓPEZ-GRADOLÍ

Poeta de una inquietud sorprendente, volcado en su oficio, pero atento e interesado en buscar nuevas posibilidades y soluciones que proporcionen a su escritura renovadas calidades, Alfonso López-Gradolí, asiduo colaborador de FABLAS, nos ofrece un nuevo libro (1). Un nuevo libro que confirma esa interesante posición de López-Gradolí en la poesía española de hoy; porque su obra, siendo una y la misma, vive y alienta en torno a dos ejes de desarrollo que, aparentemente divergentes, confluyen en la intención investigadora que los mueve. Si de una parte López-Gradolí se ha entregado a la sugerente tarea de experimentar con la forma, y palabra y mirada se funden y adquieren vitalidad en el hecho de la creación poética; por otra, se produce la misma experimentación pero a costa del mundo interior, de la experiencia mediática:

*Valen más unos brazos y te enseñan
los labios de ese cuerpo más que el raro
hormiguelo de un mediocre texto. Nunca
un hombre sufrirá igual que otro*

El libro que nos ocupa, cuyo título es altamente significativo, tiene como propósito cardinal el inventario de la vida del hombre la continua necesidad de sentirse vivo y con capacidad para la creación. Tiempo y experiencia aparecen indisolublemente unidos desde el comienzo, y la constante meditación sobre el mundo y el impenitente deseo de desentrañar el misterio de las cosas, vivas en ese tiempo, se hacen presentes una y otra vez:

*Sus signos propios tienen los lugares
y los que los habuan los recogen.*

El poeta va dejando esas *señales del tiempo* (experiencia volcada en los otros, amor, mirada certera sobre el mundo). De ahí el desbordamiento sensorial que obra en su poesía, donde la mirada posesiva es la verdadera protagonista, se alza como poder mágico del que se vale el poeta para descubrir y poseer la realidad. Lo mismo que el tacto y los sentidos todos, únicos capaces de fijar lo perecedero: el olvido aniquila lo fugaz, la sensación fija y engrandece la experiencia:

*.....No se olvida
jamás.....
.....Los labios
que alguien besa ahora son iguales
a los de aquella tarde de hace años.*

Por ello también se producen momentos ("Allí recobras, mar, tu poderío") en los que esta experiencia sensorial, viva, remite a visiones fugaces que vuelven, se hacen nítidas un instante y se desvanecen. Entonces, el poema es breve, sintético, descriptivo apenas.

"Las señales del tiempo" más que un libro definitivo me parece que es una clara explicación de principios; un libro clave para entender la trayectoria poética de López-Gradolí, poeta seguro de sus objetivos e inteligentemente encaminado hacia ellos.

J. R. P.

(1).—Alfonso López-Gradolí. "Las señales del tiempo". Col. Hontanar. Valencia, 1972. 63 págs.